

lo era el M. R. P. Fr. Antonio de Mendigutia, padre mas digno de esta provincia de Zacatecas. Antes que yo ejecutara esta diligencia, ya habian trasladado el venerable cadáver á la referida casa con unas solemnes honras que se le hicieron en que predicó el Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Juan Ignacio de Castorena, dignísimo obispo de Yucatán y primo tercero del venerable padre Fr. Juan de Angulo, celebrando la misa y cantando la Epístola y Evangelio tres primos terceros de dicho venerable padre.

Al siguiente año con cédula real que tuvo para hacer informacion de las virtudes y maravillas del venerable padre Fr. Juan de Angulo el Illmo. Sr. Dr. D. Nicolás Cervantes, dignísimo obispo de Guadalajara, pasó á la ciudad de Zacatecas, y habiendo visitado nuestro convento, pidió al reverendo padre guardian y al reverendo padre mas digno de la provincia que tenian dos llaves de la caja en que estaba depositado el cuerpo del venerable padre, y la que yo ya habia remitido, que le manifestasen el cadáver de dicho venerable padre, lo que ejecutaron con devocion y gusto á vista de innumerable concurso; y habiendo notado todas las particulares circunstancias del venerable cadáver, su señoría ilustrísima y su secretario y familia, se volvió á depositar el venerable cuerpo en su caja, y su ilustrísima comenzó á poner en práctica la informacion de la vida y muerte del venerable padre Fr. Juan de Angulo en obediencia de la real cédula que se lo ordenaba. En este estado están las cosas de la informacion de la vida de nuestro venerable padre, paradas por muerte de su ilustrísima, y no sabemos las diligencias que hizo su señoría sobre este asunto desde este dia. La piedad divina disponga lo mas conveniente sobre esta materia, mediante las acertadas determinaciones de nuestra Madre la Romana Iglesia, á quien debemos estar sujetos en todo como oráculo infalible en este punto y en otros que toco en esta historia de vidas, virtudes, milagros, revelaciones y martirios de varones venerables, los que con humilde rendimiento sujeto á su correccion y censura.

CAPITULO XX.

Refiérense las vidas de otros venerables varones de la provincia, que florecieron en nuestros tiempos.

La hermosa diadema que á la apostólica provincia de Zacatecas vistosamente corona, la componen varias flores que en la diversidad de sus empleos forman diversos coloridos. En la vertida sangre que sus seráficos hijos derramaron por la exaltacion de la fé en sus fecundos terrenos, se simboliza la rosa, quien como reina de las flores está matizada de la púrpura. La azucena con sus candores, esplica la pureza y castidad en que se esmeraron, como en sus vidas queda referido, los hijos de esta provincia. Manifiesta la violeta en sus melancólicas sombras de penitencias y mortificaciones, y en la humildad de que es simbolo, el buen olor de la virtud de los confesores, y aunque cada una de ellas era suficiente á constituir varones eminentes; pero adornados estos de todas juntas, salen al teatro del mundo y á la pública veneracion de los fieles héroes esclarecidos en la república de los justos. Nunca faltaron á la provincia individuos que con su apostólica vida compusieran esta diadema de la provincia su madre, con las diversas flores de sus distintas virtudes; y aunque á los principios de su fundacion fueron mas ópimos los frutos, ó porque la mies era mas

abundante, ó porque la esterilidad de los corazones idólatras necesitaba mas cultivo para la introduccion en ellos de la evangélica ley; pero aunque en nuestros tiempos no sea este fervor tan intenso en todos, no han faltado varones apostólicos que con la voz de sus virtudes dejen de despertar nuestra tibieza al cumplimiento de nuestro instituto apostólico, y con el buen olor y color de sus virtudes, han contribuido al adorno de la diadema con que se corona su madre la provincia. Muchos son entre estos los que podia referir, de cuyas virtudes y ejemplo aun ecsisten testigos oculares; pero habré de omitir muchos por no tener aquellas ciertas é individuales noticias que se requieren para la verdad de la historia, y solo referiré sucinamente el recto modo de vivir que tuvieron en estos tiempos cinco religiosos para que por las virtudes que de ellos apuntare, conozcan los discretos lo justificado de sus religiosos proceder en su apostólico instituto.

El primero es el R. padre Fr. Simón Marcos, hijo de la santa provincia de la Concepcion en los reinos de Castilla. Tomó el hábito el año de 1670 en el convento de Valladolid de dicha provincia, quien habiendo profesado y estudiado en ella, pasó en mision á esta de Zacatecas por el año de 1677. Luego que llegó á la provincia, dió á entender á todos en sus ajustadas operaciones y religiosa modestia los progresos felices con que se habia de adelantar en el camino de las virtudes, y como á estas acompañaban sus lucidas escolásticas tareas, en que sobresalió á todos los de su tiempo mediante oposicion que hizo, le hicieron lector de filosofía y teología, ejercicio en que no olvidando lo devoto, se ocupó quince años continuados, logrando la Providencia con su magisterio aventajados discípulos que despues la honraron de maestros, quedando el reverendo padre Fr. Simón declarado lector jubilado rigoroso. No le impedian las ocupaciones de la cátedra las tareas continuadas de confesonario y púlpito, en que ganó para Dios innumerables almas: veíase favorecido de todas las buenas prendas que hacen á un predicador ilustre, porque la presencia era venerable, la voz clara y corpulenta, la facundia dulce y no enfadosa, la accion modesta y sin afectacion, airosas prendas que se nacen y no se adquieren; y como era en todas facultades docto, eran

sus discursos en la Sagrada escritura bien fundados, y como daba digerida la doctrina de sus palabras con la ejemplar práctica de sus santas obras, redujo innumerables pecadores obstinados, de donde se le siguió aquel verdadero aplauso que nunca alcanzó á viciar ni la vanidad ni la lisonja.

No dejaba una y otra de darle cruel batería á este venerable religioso, y conociendo como discreto que de estos lances el huir es el vencer, procuró seguir nuevo rumbo de vida con un desprecio total de las cosas del mundo y abnegacion de sí propio: para este efecto renunciando el voto perpetuo que por lector jubilado tenia, y todas aquellas dignidades á que por la mano le llevaban sus elevadas prendas naturales y adquiridas, renunció juntamente la voz activa y pasiva para todas ellas, no sin grave sentimiento de los prelados que gobernaban la provincia, porque veian en él un sugeto adecuado para todo; pero conociendo su espíritu, no quisieron oponerse á sus fervorosas ansias. Reducianse estas á practicar la humildad mas profunda, y halló que siendo enfermero en el convento de San Luis podria conseguir su intento; pidió licencia á los prelados para ejercitarse en este ministerio, y obtenida, se ocupó en él lo restante de su vida con admiracion de todos los seglares y religiosos. Aplicaba por sus propias manos las medicinas á sus hermanos los religiosos enfermos, y los consolaba con tan angelical modestia y tan eficaces palabras, que con su asistencia y trato reconocian todos no solo alivio en sus dolencias, sino muchas mejoras en su espíritu. Procuraba por todos los medios posibles á su estado el regalo de los enfermos y para conseguirlo, salia personalmente por las plazas y calles á pedir limosna para ellos, trayendo en sus propias manos la que le daban los bienhechores por las calles públicas. Todos los dias barria por sí la enfermería, limpiaba los vasos mas inmundos y hacia las camas á los enfermos, y si algun religioso queria ayudarle á tan devoto ejercicio, le suplicaba rendidamente no le privara de aquel mérito. A estos ejercicios santos acompañaba la rigida observancia de su apostólico instituto, sin quebrantar en un ápice nuestra seráfica regla maceraba su cuerpo con rígidas penitencias, y consiguió por este medio sujetar á la razon las rebeldías del apetito. En la guarda de los sentidos todo el tiem-

po que fué enfermero, se portó tan observante y rígido, que no hablando mas que las palabras necesarias para el consuelo de sus hermanos y devotos, jamas se le notó haber mirado al rostro á muger alguna, pactando como otro Job, el récato de la vista en semejantes objetos.

Lleno, en fin, de dias y merecimientos, corroborado con el Pan Eucarístico por viático, y fortalecido con el escudo de los demas sacramentos, salió de la peregrinacion de esta mortal vida, á gozar, segun se puede creer piadosamente, de la eterna en la celestial patria, habiéndosele prolongado su destierro hasta la venerable y cansada ancianidad de mas de setenta años, que cumplió el año de 1698. Murió en la ciudad de San Luis, y la fama de sus virtudes ocasionó conmocion, no solo en San Luis, sino en los pueblos confinantes, que concurrieron á sus exequias con clamorosas voces, que publicaban sus virtudes. Diósele sepultura en el entierro comun de los religiosos de nuestro convento, en donde descansan sus cenizas.

El reverendo padre Fr. José de Castro, fué natural de la ciudad de Zacatecas, y dando cartas de repudio al mundo, acordándose de lo que le habia profetizado muchos años antes, siendo niño, el venerable Angulo, de que habia de ser religioso de San Francisco, pidió y tomó nuestro santo hábito en nuestro convento de la Concepcion de la ciudad de Zacatecas el año de 1670. Luego que profesó le aplicaron los prelados á los estudios de la filosofía y sagrada teología, en que salió tan aventajado que, habiendo tenido esta provincia sugetos eminentes en todas facultades, si no escedió, igualó á lo menos á los sugetos mas doctos de la provincia, no se desvaneció con las prendas naturales y adquiridas de que se habia adornado; antes solicitó, apartándose de los aplausos que podia grangearle su literatura, aplicarse al ejercicio espiritual de cura de almas, para cuyo efecto aprendió la lengua mexicana, y se coló de ministro de la doctrina en el real de Charcas; en este santo empleo se ejerció algunos años con edificacion y consuelo de los feligreses que le amaban tiernamente como á su pastor y padre verdadero, sin perdonar para el consuelo espiritual de sus obejas, el caminar continuamente las prolongadas distancias de aquella feligresía, que es de las mas penosas de la provincia, pues se ofrecen cada

dia en ella confesiones que distan de la cabecera treinta y seis leguas.

Ocupado en este apostólico ministerio se hallaba el reverendo padre Castro á los fines del año de 1683, cuando la obediencia le mandó que leyera á los jóvenes de la provincia la sagrada teología, lo que ejecutó con tal crédito y utilidad de la provincia, que la aumentó con muchos y doctísimos ministros. Era de comprension tan sutil y pronta, que en las réplicas que se le ofrecian en las literarias palestras, si el que presidia no atendia con reflexion la fuerza del argumento, se veia repentinamente convencido. En el púlpito fué sugeto eminente, porque sobre las prendas adquiridas estaba adornado de las naturales, motivo porque en el ejercicio que tuvo despues, de misionero apostólico, convirtió innumerables almas. Fué á votarde promistro al capítulo general de nuestra seráfica familia, que se celebró en Roma el año de 1688, y habiendo votado en él se volvió á esta provincia, habiendo compuesto todo el viage en verso elegante y erudito, el cual aun hoy anda impreso, en que se conoce la elocuencia de su estilo y la erudicion de las humanas letras. Despues de haber vuelto de Roma quedó de comisario provincial de esta provincia por ausencia que hizo de ella el provincial que la gobernaba, en que dió á entender la destreza de su talento para todo; pero como el que aspira solamente á la rígida observancia de su instituto, de todo se recela precaviendo los peligros del gobierno, y mando temeroso, ó de que la provincia le ocupara en su gobierno, ó de marearse con los aires de la vanidad del mundo, ó lo que mas cierto es, deseoso de la soledad y retiro, se pasó á vivir á la Santa Cruz de Querétaro por el año de 1700.

Puesto en el retiro del colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, se hizo cargo de las nuevas obligaciones de misionero apostólico, abstrayéndose ante todas cosas de la comunicacion de los del siglo, como que conocia con su talento profundo y espíritu desengañado, que nunca hicieron buen maridaje los ejercicios y tareas de las misiones con visitas familiares y continuadas de seglares, punto que debian tener impreso en sus corazones los operarios de tan santo ministerio, pues muchas veces se malogran los sudores de las misiones por estas tan daño-

sas familiaridades, pues como dijo un discreto de nuestro siglo, yo tendré por un San Pablo al predicador que solamente viere en el altar, confesonario y púlpito. Por lograr tan apreciable doctrina se retiró el reverendo padre Castro á lo interior de su celda, donde negado al comercio humano, se ocupaba solamente en la escuela, del coro, y el tiempo que le restaba en otros devotos ejercicios. En lo que puso mas esmero y cuidado fué en el de la oracion; en ella trataba con Dios los adelantamientos de su espíritu y aprovechamiento del prójimo, y como lo uno y lo otro encaminaba á la mayor gloria de Dios, se le hacia suavísimo este comercio: de la oracion salieron, las saetas penetrantes de amor divino, que colocó en su Aljaba Apostólica, que anda impresa, de donde los misioneros de aquel y otros apostólicos colegios han disparado tantas contra los vicios, que solas ellas eran suficientes para convertir un mundo entero, á no estar por las culpas tan obstinado. Compuso tambien la vida del venerable padre Angulo.

Del colegio de la Santa Cruz de Querétaro le sacó la obediencia el año de 1703 para fundador del colegio de nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, donde habiendo reconocido, que tanto comercio de seglares y huéspedes, como concurrían á dicho colegio, no se hermanaba bien con el retiro que apetecía ni con la abstraccion que prescriben las bulas apostólicas á los que moran en los colegios apostólicos, se restituyó á la quietud de la Santa Cruz de Querétaro, donde ocupado en el ejercicio de las misiones y en escribir parte de la Crónica de los venerables varones de aquel santo colegio, hizo una vida penitente y religiosa, enseñando al mismo tiempo en las consultas que se ofrecían á los venerables padres colegiales, las materias mas difíciles y árduas de la teología canónica, y con su ejemplar y religiosa vida los puntos mas delicados de la teología mística. Practicando estas útiles y religiosas tareas, le cogió la última enfermedad, que, siendo de hidropesía, le previno anticipadamente la malicia del achaque, para que se dispusiese para la última jornada con todos los sacramentos, que habiéndolos recibido con muchas lágrimas y ternura, exhortó á todos con su natural elocuencia al mas fervoroso séquito de las virtudes, al celo mas abrasado de la prosecucion de las misiones, y á la

mas rígida observancia de nuestro seráfico instituto; y como su eficacia era tanta, prorumpieron todos en copiosas lágrimas, contemplando que les faltaba la luz que ilustraba sus entendimientos en la direccion de sus dudas y espíritus, y que carecian de un espejo en sus acciones con que regulaban sus operaciones religiosas. Murió de edad de setenta años poco menos en el colegio de la Santa Cruz de Querétaro, donde está enterado su cadáver, pero no la memoria de sus virtudes ni de sus elevadas prendas, despues del año de 1708.

Por estos mismos tiempos floreció en esta provincia el ilustrísimo y reverendísimo señor Don Fr. Manuel de Mimbela; nació en la ciudad de Fraga del reino de Aragon; tuvo la fortuna de ser hijo de padres nobles y muy virtuosos, que le dieron en el esplendor de la sangre, como en herencia, la virtud; cúpole en suerte una buena alma y una índole dócil y suave, en quien, como en blanda cera, la educacion y el ejemplo estampaban las virtudes. Viendo los padres su genial aplicacion á devotos ejercicios y á los empleos literarios, le aplicaron en la Universidad de Zaragoza al estudio de las primeras letras, conociendo que con la vivacidad de su ingenio, su entendimiento, tabla rasa y limpia de mundanas especies, seria materia apta para que sobresaliese en él una imágen perfecta de verdadera sabiduría. Habiendo llegado á la edad de quince años, bien instruido en las primeras letras, pidió nuestro santo hábito en el convento de San Francisco de Zaragoza, y conociendo las aventajadas prendas del mancebo, se lo dieron con mucho gusto. Portóse en el noviciado con tal esmero, que solo en el nombre fué novicio. Luego que profesó le aplicó la religion al estudio de la sagrada teología en nuestro colegio de San Diego de Zaragoza, en que aprovechó con tanto esmero, que en el primer concurso que se ofreció en la provincia, de oposicion á las cátedras, leyó tan á satisfaccion de todos, que le nombró la provincia por maestro de estudiantes. En este ejercicio se ocupaba, cuando pasó en mision á esta provincia de Zacatecas; donde en la segunda oposicion que hizo á la cátedra de teología, manifestó lo elevado de su talento en las sutilezas escolásticas. Era de génio para todo y reconociendo el prelado general de estas partes su talento, le nombró de su secretario general, para ase-

gurar lo acertado de su gobierno con las juiciosas máximas del Sr. Mimbela. Dos veces fué guardian de nuestro convento de Zacatecas, siendo á un mismo tiempo celador de la mas rígida observancia, y activo fomentador del ornato y decencia del divino culto, como lo testifican las halajas que hoy perseveran en la sacristía é iglesia del convento. Correspondió la provincia á sus prendas, nombrándole por su difinidor en el Capitulo; pero como la publicidad de sus prendas era tanta, y la destreza en el manejo de diversos negocios no podia estar oculta en los silencios del claustro, llegaron las voces de uno y otro á la corte del rey católico, y deseoso el reverendísimo padre Fr. Alonso de Biezna, ministro general que á la sazón era de la señálica familia, de poner un sugeto tal de procurador general en aquella corte de todas las provincias de las Indias Occidentales, le nombró por su patente de procurador general de todas ellas.

Puesto en este empleo lo manejó con tal destreza y aplauso de todos, que no solo mantuvo en sus privilegios á todas las provincias, sino que las enriqueció de nuevo con singulares y especiales cédulas favorables, siendo á un mismo tiempo procurador y padre de todas ellas. Con la ocasion de estos negocios logró la de captar la benevolencia de todos los consejeros, y en especial la de nuestro rey y señor, que Dios guarde, Don Felipe V, que conociendo en su talento un varon perfecto para todo, le amó con especial afecto. En prueba de este singular cariño en el término de tres años le presentó su magestad sucesivamente, promoviénle á los tres obispados de Panamá, Oajaca y Guadalajara, ó Nueva Galicia. En este último hizo pié, gobernándolo con tal prudencia y cariño, que mas que como á prelado le veneraban padre. Era de génio tan pacífico y agradable, que desdeñando la ostentacion pomposa de obispo, no se desdeñaba de comunicar aun á los mas humildes indios, siempre que le solicitaban para su alivio. En su trato, aun despues de obispo, fué amantísimo de la santa pobreza, sin usar jamas de otra cosa en su cuerpo que un hábito de sayal y túnica, los paños menores y las sandalias: motivo porque cuando le veian en los actos públicos de su catedral iglesia, no le distinguian del mas austero religioso. De esta suerte se mantuvo todo el tiem-

po que fué obispo, hasta cinco meses antes de su muerte, que conociendo los médicos que la desnudez religiosa de que usaba le agravaba los accidentes que padecía, le compelieron á que usase camisa, medias y zapatos.

Con los pobres fué tan maniroto, que escediendo la cuarta de su obispado de veinticuatro mil pesos cada año, le faltaban reales para hacer limosnas, consumiendo al mismo tiempo muchas cantidades que para esto le daban algunos bienhechores. Nuestro convento de Zacatecas fué participante de copiosas limosnas y algunas halajas con que su noble y caritativo pecho socorrió sus necesidades; ni podrá negar esta verdad nuestro convento de Guadalajara, á quien favoreció y socorrió con generosidad de príncipe. En la virginal pureza fué observantísimo, no permitiendo para su custodia el menor descuido: prueba de esto es el caso que le sucedió tres dias antes de morir: ordenó el médico, viéndole tan accidentado y en el último peligro, que una señora anciana de lo principal de la ciudad, le aplicara las medicinas que recetaba de apósitos ó unturas, por ser versada en la asistencia de enfermos y no haber hombre inteligente en el palacio que las aplicase; escusóse el devoto príncipe cuanto pudo, hasta que le encargó el médico la conciencia, y viéndose compelido el señor obispo en presencia de muchos prebendados y religiosos, sonroseado el rostro de vergüenza, dijo: "Haga vd., señora, lo que el médico le ordena; pero le aseguro por el paso en que me hallo, que será vd. la primera muger que ha tocado mi cuerpo desde que tengo uso de razon." ¡Oh pureza angelical de príncipe! y cómo reprendes con elocuencia muda la desenvoltura de muchos que teniendo por su elevado estado obligacion á la mayor cautela en este punto, no se desdeñan del manejo con personas de este secso, debiendo advertir lo que nos asegura el Eclesiástico, que la mancha de la pez acompaña á su contacto. Lleno de dias y merecimientos entregó su ilustrísima su alma á su Criador despues del año de 1721 en la ciudad de Guadalajara, donde está sepultado su cadáver; pero no las religiosas memorias de su caridad, pureza y afabilidad, que permanecen muy vivas en todo su obispado.

En este mismo convento murió felizmente el año antes el reverendo padre Fr. Jacinto Quijas, criollo de la jurisdiccion de

Sierra de Pinos, de edad de noventa y seis años, varon muy ajustado á su apostólica regla y que ilustró esta provincia con dos iglesias que hizo en el convento de Durango y en el de San Juan del Mezquital, de bóveda: fué muy dado á la oracion, y causaba veneracion y compuncion á cuantos le mirábamos en aquella venerable ancianidad permanecer indispensablemente cuatro horas de rodillas en oracion todos los dias, en que recibia de Dios singulares favores y beneficios. Fué guardian de los principales conventos de la provincia, y su difinidor, cargos que desempeñó con acierto, madurez, religiosidad y prudencia. Murió lleno de dias y merecimientos en nuestro convento de Zacatecas el año de 1731, fué su entierro solemnísimo con el concurso universal de todos los de Zacatecas, que deseosos de ver á un varon, hijo verdadero de San Francisco, á quien el cielo con sus voces publicaba dichoso, quisieron lograr la dicha de gozar su última vista. Fué el caso que esta devocion movió á todos singularísimo. Luego que espiró el venerable padre Fr. Jacinto, trataron los religiosos de componer su cadáver para trasportarlo al oratorio de la enfermería, donde es costumbre que esté mientras se hace hora del entierro para trasladar el cuerpo: es costumbre en esta provincia que asista la comunidad con candelas encendidas rezando el Salmo Miserere, y lo mismo fué estar para esta funcion junta la comunidad en la celda del difunto, que percibirse por todos los religiosos sensiblemente sobre el cuerpo del difunto una celestial música de tanta melodía, dulzura y armonía, que se conocia por los efectos, ser del cielo la capilla, pues sus sonoras voces é instrumentos, causaron en toda la comunidad confusion, ternura y dolor vehemente de las culpas, que es la mejor señal de ser celestiales los músicos que componian la angelical capilla. Duró esta música todo el tiempo que se tardó en llevar el cadáver al oratorio, que no fué poco, por haber estado como suspensos y abstraídos los religiosos mucho tiempo con el inopinado suceso: caminaba el cadáver en hombros de sacerdotes al oratorio, y sobre él caminaba la música, sin hacer pausa en su celestial melodía, la que cesó despues de largo tiempo, dando lugar á que los religiosos entonaran un responso. Fué este caso muy ruidoso, y como sucedió delante de muchos, no se pudo ocul-

tar á los ciudadanos que, ansiosos de ver si en el entierro se repetia el prodigio, y de ver el cadáver venerable, concurrieron casi todos: fué entre otros testigos de esta maravilla el R. P. Dr. Fr. Felipe de Ocio, quien me lo contó, como llevo referido, y otros muchos religiosos.

A cinco de Diciembre de 1727 dió el hábito de nuestra religion seráfica en nuestro convento de Zacatecas al doctor D. Felipe de Ocio, hijo de la ciudad de Celaya. Era doctor en sagrados cânones, en que salió aventajado á los mas famosos de su tiempo, como lo publicaron así las oposiciones que hizo á las cátedras de su facultad en México como á la doctoral de la santa iglesia de Michoacán. Vivía á la sazón de cura propietario y juez eclesiástico en la ciudad de San Luis Potosí con ejemplo y edificacion de todos sus vecinos, que veneraban en su prudencia, sabiduría, modestia y cortesanía un padre que les amaba, un pastor que con suavidad y cariño les regia, un íris de paz que componia sus discordias, y finalmente, un universal patron á cuya sombra hallaban todos alivio. Sucedió que enfermase gravemente de un prolijo y peligroso achaque, el que le apretó tan intensamente, que habiendo dispuesto sus cosas con mucha madurez y acuerdo recibió para la última jornada los santos sacramentos con mucha devocion y lágrimas. Comenzó á agonizar con la vehemencia del achaque, y al parecer de todos los circunstantes espiró y le tuvieron por muerto como media hora poco menos. Su madre, hermanas y sobrinos y otros muchos lloraban su ausencia á vista del cadáver con inconsolables lágrimas, y estando así todos tiernos y llorosos, dió una voz en que dijo: "Padre mio, San Francisco, favorecedme;" y volviendo en sí y registrando contristados á los suyos, pidió que llamaran luego á todos los prelados de los conventos y con especialidad al del nuestro; vinieron todos prontamente, y luego que entró el guardian de nuestro convento, que á la sazón era Fr. Antonio de Briones, bañado de copiosas lágrimas cogiéndole de las manos, dijo: "Hago voto y prometo á Dios y á la bienaventurada siempre Virgen María, de tomar el hábito de N. S. P. San Francisco y profesar su santa regla luego que me levante de la cama." Así lo ejecutó, pues á la tarde habiéndole visitado, me pidió el santo hábito

con muchas lágrimas, el que le ofrecí gustoso luego que convaleciera: fué la convalecencia tan maravillosa, como su vida; pues siendo la enfermedad que padecía de muchos años tan peligrosa, que estaba desauiciado de los médicos mas espertos de México en el término de quince dias pudo ponerse en camino para la ciudad de Zacatecas, en donde me pidió le pusiese de novicio por apartarse de los suyos.

Tomó nuestro santo hábito el dia referido con universal regocijo y compuncion de lo mas ilustre de aquella ciudad, que movida de la singular del sugeto y de la especialidad que publicaba el vulgo, de que le habia resucitado N. S. P. S. Francisco, concurrieron todos à ver el desengaño de un sugeto en quien la Providencia Divina predicaba à todos mudamente el desprecio de las mundanas delicias. Pasó su año de noviciado con edificacion de todos y se le dió la profesion con el mismo gusto con que fué recibido. Solos cinco años sobrevivió en la religion ocupado en leer à los jóvenes teólogos de la provincia los sagrados cánones con mucho adelantamiento y creces en sus discípulos; pero como su aplicacion era ya mas à la vida espiritual y mística, en estos cinco años hizo admirables progresos. logró la gracia bien correspondida de Fr. Felipe en el puntual cumplimiento de las divinas inspiraciones aquellos preciosos primores que tiene para perfeccionar sus obras, adelantándose à los perezosos pasos de la naturaleza, y así salió en breves dias un perfecto religioso en todo género de virtudes. Preguntéle en una ocasion si habia sido muerte verdadera ó parasismo el que tuvo cuando le juzgaron todos difunto, y le supliqué me dijese el motivo de haber hecho el voto luego que volvió à sus sentidos. Y estremeciéndosele el cuerpo, perdidos del todo los colores, bañados en lágrimas los ojos, me dijo estas formales palabras: "R. P. provincial Fr. José Arlegui, si fuí ó no espíritu arrebatado à la divina presencia, y si fué muerte ó desmayo, lo ignoro: lo que solo puedo asegurar y decir à V. P. R. es, que en el tribunal divino me hizo el juez tales cargos, que no teniendo que responder, me ví en el último precipicio de mi eterna infelicidad, y viéndome perdido sin remedio, me alargó su cuerda San Francisco para que me asiese de ella, y cogiéndola con ambas manos, le pedí al santo me

socorriese, y me hallé con esto restituido à mis sentidos y determiné luego hacer el voto por esto."

Estas son las formales palabras que me dijo, en las que tiene el que leyere esta crónica, dilatado campo en que espaciarse su devocion y fervor, ya en la ponderacion de las divinas misericordias, ya en la contemplacion de los eficaces influjos de mi seráfico Padre para con sus devotos con la Magestad divina, librándolos con su intercesion de los mas fatales peligros. Habia sido D. Eelipe siempre muy afecto al Seráfico Patriarca y à sus hijos, y así logró su devocion el socorro de su devoto cuando mas lo necesitaba; pues en sentir de todos en la ocasion estaba ya difunto. No descubrió Fr. Felipe despues de tan apretado lance medio mas oportuno de manifestar al munsu gratitud y mudanza admirable que dedicarse todo al servicio de Dios, profesando la regla de mi seráfico Padre, y como lo discurrió, lo puso luego en práctica con admiracion de todos y utilidad grande de sí mismo, viviendo en la religion mucho en poco tiempo, supliendo con los fervores del espíritu los años de religion en que acabó con ejemplo de todos el año de 1732 en el convento de Zacatecas, en donde está su cuerpo sepultado en el entierro comun de los religiosos.

